

ARTE MUSICAL Y SIMULACIÓN

HUGO FERNÁNDEZ DE CASTRO

SEGUNDA PARTE

E slovaquia ¿anti o pro imperialista?

Recuérdese que el País Checo y Eslovaquia tienen fronteras comunes y, entre esta última nación y Yugoslavia, está Hungría, pero además todos ellos son países contemporáneos que durante siglos formaron parte del Imperio Austríaco y sólo hasta después de la Gran Guerra (1914–1918) constituyeron estados independientes, aunque su nacionalismo se manifestó y floreció, bélica y artísticamente, durante gran parte del siglo XIX.

Pero los tiempos han cambiado: los noticiarios de televisión y los cables publicados por la prensa dieron a conocer que la dizque música que los yugoslavos cantaban era... ¡rock pesado!

Para protestar por el ataque imperialista yanqui encuadrado en la OTAN ¡los yugoslavos cantaron la música o ruido inventado diabólicamente por los falsificadores yanquis del arte!

¿Se había visto alguna vez –de modo tan patente– tal conjunción de desatino, incoherencia y grosería?

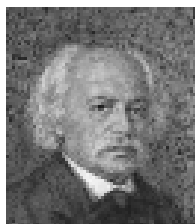
¡Qué pena por ellos y qué vergüenza deberían sentir!

No hay ningún ciudadano común y corriente, en ningún país del mundo, que pueda reconocer si el ruido del rock que escucha es de su país, de Estados Unidos, Gran Bretaña o de cualquier otra nación.

¡A tal grado es la mistificación y la falsificación del arte, de la belleza y del buen

gusto y el abandono de los patrones que dan tinte al nacionalismo y carácter y espíritu propios y distintivos a los pueblos!

¡Qué diferencia con la música de los períodos anteriores, con la cual era fácil identificar la belleza enarbolada por cada pueblo y la hermosura de su espíritu!



Karl Goldmark

Un coetáneo húngaro de Dvorák, hizo algo semejante a su colega húngaro, Liszt y sus diecinueve rapsodias: el violinista y compositor Karl

Goldmark, quien curiosamente nació el mismo año (1830) que el penúltimo emperador austríaco, Francisco José de Habsburgo, y murió un año antes (1915), es el autor de la preciosa *Sinfonía Boda rústica (Ländliche Hochzeit)*, opus 22, una obra sinfónica conectada con la vieja tradición austríaca de la serenata porque Goldmark, aunque húngaro, amó intensamente al Imperio Austro–Húngaro cuyo colapso le tocó ver, desafortunadamente.

También Goldmark refleja en su obra el ambiente rural y la pobreza de su familia, de su pueblo y de él mismo, pues no hay que olvidar que él, sus once hermanos y su madre se mantenían de los ingresos magros del padre, cantor y secretario del ayuntamiento de Keszthely, su pueblo natal.

Baste recordar, para dar idea de su pobreza pero también de su vocación y de su tesón, que diariamente iba a un pueblo vecino –más grande– a tomar clase de violín, cuando niño y adolescente, y que en el puro viaje a pie empleaba cuatro horas.

Quizás sea necesario agregar, para acabar de comprender a Goldmark y su obra, que fue el autor de la ópera *La reina de Saba*, gran éxito de taquilla a finales decimonónicos, y que los nacionalistas húngaros nunca le perdonaron sus sentimientos filiales hacia Austria.

¿Por qué tanto se arguye de Goldmark? Pues porque trato de demostrar que, aunque vilipendiado por los sentimientos nacionalistas de los patriotas de su tiempo, este compositor y solista tuvo el talento necesario para crear música bella y nacionalista que retrata las más queridas tradiciones y arte del pueblo húngaro, porque Goldmark es producto de su tiempo, espacio, mente y cosmovisión y es húngaro, es austríaco y es austro-húngaro al mismo tiempo.

Otra cosa sería retorcer la realidad y entonces las conclusiones saldrían falsas.

Hay muchos músicos de Europa Central de gran valor artístico y con temas nacionalistas o populares en su obra, pero quizás sea oportuna ahora de recordar uno excepcional, checo, injustamente olvidado: Julius Fucik (1872–1946), autor de un delicioso vals muy bien orquestado y con una línea melódica atractiva e inquietante: *Leyenda del Danubio*.



Pablo Luna

¡Vuelta a la zarzuela!

Ahora quiero regresar a España y la *Canción española*, de la zarzuela *El niño judío*, de Pablo Luna (1880–1942), autor también de la opereta *Molinos de viento*, con dos o tres arias o romanzas y otros tantos coros que dan cuenta cabal de la maestría musical peninsular, que dice así:

*De España vengo,
soy española
y mis ojos de fuego
lo van diciendo
y mi cuerpo
la gracia de la manola.
De España vengo,
de España soy,
y mi cara serrana
lo va diciendo,
y mi cara serrana,
lo va diciendo
que he nacido en España,
por donde voy.
Amigo madrileño,
me vuelve loca
y cuando yo me arranco
con una copla,
al acento gitano
de mi canción,
como un velo de flores
de mi balcón.*

¡Ay, cuánta emoción, belleza, buen gusto y deleite artístico! ¡Cómo vibran el corazón y los sentidos, mientras el alma se solaza y el espíritu surge!

¡Cómo expresar mejor el orgullo de ser hispano o iberoamericano y cómo cantarle mejor a la bendita tierra hispana y la sensibilidad de su pueblo! Es que España, la antigua Nueva España y sus pueblos están indisolublemente unidos y poseen características comunes, lo cual no ha sido obstáculo para que hayan adquirido rasgos propios que los han configurado ya como dos naciones diferentes.

¡Quien no sienta añoranza por la tierra española al oír esa *Canción* o prefiera el rock, simplemente... está perdido! porque el iberoamericano o mexicano consciente, en uso pleno de la razón, ajeno al dogma o al sectarismo y por todo eso bien nacido, orgulloso del Nuevo Continente y de su idiosincrasia e independencia, todavía tiene arraigada muy adentro la fibra hispana que lo conforma, le guste o no.

Los crímenes ¿son de España?

Quien quiera aclarar su pensamiento y reflexiones sobre la responsabilidad histórica de España –y su humanismo, cultura y obra civilizadora– y la *leyenda negra* que los británicos y yanquis tejieron y urdieron, al tiempo que se analiza la valentía, valor, valores y patriotismo de los pueblos indígenas ante el embate y choque causados por la Conquista, deberá leer los *Cantos del hogar*, de Juan de Dios Peza y, entre ellos, un poema con cuartetos de versos endecasílabos que no fue concebido en su origen (en Madrid, agosto de 1878) para tal libro: *Méjico y España*.

*Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
tu carácter indómito y bravío;
pero a la par admiro la grandeza
y el heroico valor del pueblo mío.
¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe,
una Otumba que asombra a tus soldados
y un Guatimoc que en el tormento ríe.
Culparte en nuestro siglo sería mengua;
venciste y nadie intentará culparte;
entre tus dones heredé tu lengua
y nunca la usaré para insultarte.
Si a la justicia destronó el capricho,
si está con sangre escrita cada hazaña,
¡ah! Yo diré lo que Quintana ha dicho:
«Crímenes son del tiempo y no de España».
¡Nuestra sangre es igual! Que nadie oponga
a nuestra unión calumnia y rencores:
¡la plegaria inmortal de Covadonga
siglos más tarde resonó en Dolores!
La misma es nuestra raza altiva y fiera,
igual nuestro carácter franco y rudo:
aquí, el águila libre por bandera;
allá, el león, por símbolo y escudo.
No de venganza con mentido alarde
nuestras glorias hundamos en la niebla;
¡hijos de Zaragoza y de Velarde
juntos cantemos a Bailén y a Puebla!
Juntos el mejicano y el ibero
tener debieran, en mejores días,
¡para cantar su patriotismo, a Homero!
¡para llorar sus duelos, a Isaías!
Hoy la gloria con bellos arreboles
ilumina enlazadas nuestras manos:
¡honor eterno a Méjico, españoles!
¡honor eterno a España, mejicanos!*

Detener el tiempo, tarea que sólo el arte logra.

Pero, volvamos al arte musical y diga usted con toda honestidad, señor lector: si quiere recordar alguna época o momento agradable de su vida o la de su familia y seres queridos, o si quiere llevarle *gallo* a su novia, amiga o esposa ¿le tocará al pie de su ventana alguna muestra de ruido rockiano?



Juan de Dios Peza

El espíritu o la mente, refinados, enaltecidos y afinados ¿recordarán –¡Oh Goethe!– los bellos momentos de su vida con imágenes guardadas celosamente en su memoria de las contorsiones, los saltos o los bramidos –tan primitivos, patéticos y disonantes– de los cirqueros que ahora se dicen cantantes, o los tamborazos de sus percusionistas o de los aparatos que los producen sin otra intervención del ser humano que ponerlos a funcionar eléctricamente?

Sería preferible entonces –como Borges– ser ajeno o insensible a la música producida por gargantas humanas o por los instrumentos que imitan la voz.

Detente ¡oh momento! ¡Qué bello eres! exclamó el poeta creador del *Sturm und Drang* (Tempestad y Lucha) y, por eso, precursor del romanticismo alemán –antirracionalista– a finales del siglo XVIII.

Bien mirado, el concepto de Goethe fue resumido por una sola voz, lusitana y prodigiosa, *saudade*: la alegría de recordar a los seres queridos que ya se fueron o los instantes pretéritos bellos, al tiempo que se siente tristeza por su muerte y ausencia o por la imposibilidad de revivir los ratos agradables del ayer.

Palabra inexistente en ninguna otra lengua, *saudade* no es equivalente al vocablo español *nostalgia*, que tan sólo tiene la mitad del significado de la palabra portuguesa y brasileña.

Saudade: melancolía, alegre por el recuerdo.



HUGO FERNÁNDEZ DE CASTRO

Profesor titular C de carrera por oposición, tiempo completo, de la UNAM: Escuela Nacional Preparatoria y Facultad de Medicina. Articulista de unomásuno y Excélsior y nivel B del CONACYT.